

Acerca de lo políticamente incorrecto del erotismo

Jorge Reitter

Que en el erotismo exista el lugar del objeto, es decir de aquel (muchas veces, pero de ningún modo siempre, aquella) sobre el cual se ejerce *la violencia* erótica, o la violencia del erotismo (ver George Bataille, *El erotismo*), plantea, y siempre planteará un problema irresoluble que hay que resolver. La solución será siempre precaria. Genera, a mi modo de ver, un punto de inestabilidad en la medida en que hay alguien que *como sujeto* ocupa el lugar de objeto. En este contexto supongo que cuando digo *como sujeto* me refiero a alguien que se entrega a su propio goce, y no alguien que busque ofrecerse a satisfacer el supuesto goce del Otro. Juego hermoso y peligroso el del encarnar el objeto erótico, porque en el horizonte siempre está la posibilidad de que quien ocupa el lugar del “sujeto” arrase la subjetividad del otro al hacerlo objeto de violencia, explotación, violación, etc. Como todo lo que realmente vale la pena en la vida, es riesgoso.

Voy a tomar el ejemplo del piropo. Me comentaban de dos jovencitas que se oponían rotundamente al piropo, considerándolo un asqueroso acto machista que dejaba a la mujer reducida al lugar de objeto. Las tías, mucho más avezadas en las lides eróticas, les decían que se aviven, que aprovechen ser piroleadas. Al día siguiente las jóvenes mandan un mail con frases del estilo “te chupo toda” y el comentario de que “¿ves que los piropos son un asco?”. Las tías le responden que eso no era un piropo, sino una guarangada. Tomo el ejemplo porque me parece que plantea de un modo simple toda la complejidad del asunto. Yo diría, es un piropo guarango, no tiene ningún vuelo metafórico, pero en su crudeza deja ver el meollo de la cuestión, que a mi modo de ver es que el piropo, cualquier piropo, se

dirige a la mujer como objeto: en el corazón del decir erótico siempre va a haber algo del orden del “te chupo (y acá podemos reemplazar el verbo por otros más, no tantos) toda”¹.

Es un piropo fallido, que se queda en guarangada, no porque degrade a la mujer, sino porque *sólo* la degrada. Para que un sujeto pueda ocupar el lugar del objeto erótico sin perder su dignidad de sujeto es necesario que sea al mismo tiempo valorado y degradado. Lo que hace la crudeza del “te chupo toda” es que sólo toma un aspecto, y por eso produce rechazo en quien lo escucha. Todo indica que este lugar de objeto, este lugar valorizado/degradado genera dificultades (¡y mucha atracción también!): del lado femenino (y repito que no estoy hablando de géneros) la dificultad de ser objeto siendo sujeto, del lado masculino, soportar la división subjetiva bajo la forma de al mismo tiempo valorizar y degradar, amar y ejercer violencia, proteger y dañar. La clínica muestra que esa es una de las mayores dificultades, sino la mayor, de la posición masculina.

Creo que el principal motivo por el que me vi tentado de escribir estas líneas es mi impresión de que muchas veces los psicoanalistas toman la misma postura que las sobrinas, como si consideraran que un psicoanálisis debiera encaminarse solamente a “hacerse respetar”. Es una dificultad que no se produce azarosamente: un psicoanálisis está orientado a la promoción del sujeto, y busca hacer caer la identificación del sujeto a cierto objeto en particular, a saber, el falo que supuestamente completaría el deseo del Otro, por consiguiente en este sentido un psicoanálisis lleva al sujeto a salir de la posición de objeto. La cuestión es que estar identificado al objeto fálico del Otro es una identificación

¹¹ Algunas amigas que leyeron este escrito me hicieron notar algo que por no ser mujer se me había pasado por alto, a saber: que la mujer piropoada no elige, que tiene que escuchar el piropo le guste o no, lo que de por sí ya contiene una nota de violencia. También he escuchado muchas veces a amigas quejarse de que nadie les dijera nada. Otra vez las paradojas de la posición de objeto erótico, que llevan a esta pregunta: ¿sería mejor un mundo sin piropos?

narcisista, mientras que el lugar de objeto en la experiencia erótica es un peligro para el narcisismo, es hacerle sufrir la amenaza de una fragmentación. Si el sujeto se identifica al objeto fálico, rige el deseo del Otro, se reprimen los propios deseos amenazantes para el narcisismo; mientras que para alguien en posición femenina encarnar el lugar del objeto en la escena erótica es llevar el propio goce al límite de la fragmentación, de la pérdida del dominio, del valor, del poder; todos atributos reaseguradores del narcisismo. Si un análisis afloja las identificaciones fálico narcisistas de un sujeto, es porque esas identificaciones le impiden acceder a ese más allá del principio del placer que es el goce que va más allá de las barreras del narcisismo, del bien, de la medida. Si tomara la misma postura que las sobrinas, un analista estaría trabajando para reforzar el narcisismo, aunque crea que está dando lugar al sujeto.

Esta confusión no es azarosa: hay dos candidatos a ocupar el lugar del sujeto, o tal vez sea más exacto decir que el yo tiende a creerse el sujeto, el que maneja el lenguaje, el que decide, necesita creerse, parafraseando a Freud, el dueño en su propia casa. Es una ilusión necesaria, por otra parte, sin ella no se puede andar por ahí. Los analistas, que portamos nuestro propio yo, no estamos exentos, por supuesto, de dejarnos engañar por el mismo espejismo y confundir al sujeto con el que está tan convencido de dominar la partida cuando no es más que una pieza movida por nadie.

Por supuesto que estas posiciones y goces de la escena erótica tienen enormes ramificaciones en la vida cotidiana, y la determinan en gran medida, y es muy fácil que el ser objeto en la escena erótica se desplace al ser objeto lisa y llanamente, al tener que callarse, al no tener derechos, al estar sujeto a la voluntad de otro, al ser humillado, etc. Ver el lugar de la mujer en el mundo islámico.

Reclamar el derecho a pensar, a decir, a decidir, a elegir, a estudiar, a tener acceso a la cultura, al dinero, al disfrute libre de su propio cuerpo, implica necesariamente asumir una posición de sujeto. El reclamo, la exigencia, la lucha llevan a quien lo encarna a hablar, a decir algo (en el sentido fuerte del término decir, no bla bla bla) y eso automáticamente nos ubica como sujetos. Y el dilema que se plantea, entiendo yo, es cómo ser sujeto sin masculinizarse, cómo en el reclamo femenino no perder la feminidad. Es la crítica que muchas veces se hace a cierto feminismo (no todo, por supuesto, el feminismo es un campo muy complejo): que en su reivindicación terminan por quedar completamente del lado fálico.

Es también lo que pasó con el movimiento de liberación gay cuando trataron de excluir de su campo todo lo femenino, todo lo amanerado, lo pasivo (“cero ambiente, cero plumas”), generando el ideal post-Stonewall de dos hombres bien masculinos que se amaran entre sí sin ninguna mariconería, ¡Dios nos libre! (El ideal encarnado, por ejemplo, en la película “Secreto en la montaña”).

Las exigencias del juego democrático, que tanta sangre costó conseguir, exigen que todos y todas nos postulemos como sujetos de derecho, que respetemos y nos hagamos respetar. Es así y debe ser así. Pero hay algo en el erotismo que será siempre mancha en el mural de la democracia, que nunca se adaptará a sus exigencias, y es que en el campo del erotismo se goza de ser objeto, se goza de atravesar la barrera del respeto. Como me decía el otro día un amigo, a propósito de un pibe que le gustaba – ¡Por Dios, que no me respete tanto!